

Fragmentos del discurso pronunciado por el Doctor Vicente Fatone en el acto de la inauguración de la Universidad Nacional del Sur, en Bahía Blanca el 11 de enero de 1956.

Viejos filósofos definieron el universo diciendo que era una conspiración: una aspiración común en que todas las cosas y los seres se esforzaban por resolver sus discordias en una concordia enderezada al fin último de la perfección. El universo era, para ellos, una sola vocación.

Hombres modernos, podemos haber olvidado ese sentido del universo. Pero la existencia de esto que llamamos universidad está demostrando que aquella antigua concepción subsiste en nosotros. Acaba de crearse una universidad; y eso ya indica, por sí solo, la realidad de nuestra vocación unánime. Quienes estamos aquí –autoridades, profesores, estudiantes, hombres de trabajo y hombres de empresa- creemos que es posible aunarnos para cumplir un acto creador. Nuestra función de hombres es esa: la de crear. Como hombres, no nos basta que haya un mundo; y conspiramos para crear otros. Hemos venido creando, así, a través de los siglos y de los milenios, los mundos de la verdad; el bien, de la belleza, de la justicia. Mundos que parecen superfluos y que nos son sin embargo, tan necesarios como el que compartimos con los animales, con las plantas y con las piedras. Por ser creadores de mundos somos como pequeños dioses. Creando mundos cumplimos la misión más auténticamente humana: la de enriquecer este universo. Pero de todas nuestras obras creadoras, ninguna más elevada que la creación de una universidad, porque una universidad es, simplemente, un universo: una vocación unánime hacia la perfección.

.....

Una universidad es un diálogo múltiple. Y a diferencia del monólogo en que es uno solo quien habla, mientras los demás escuchan y del vocerío en que todos hablan sin que nadie escuche, el diálogo exige que todos hablen pero también todos escuchen. El secreto del diálogo no es sino el arte de escuchar, es decir, el de reconocimiento de la dignidad del prójimo. El monólogo fue la dictadura; el vocerío significa la anarquía; el diálogo es la democracia. Si en esta obra que a todos nos ha sido encomendada por igual alguien intentase imponer el monólogo de su soberanía, o si todos, igualmente soberbios, nos abandonásemos al vocerío, fracasaríamos. Pero si ejercitamos el ascético arte de escuchar, daremos al país lo que la universidad debe darle; un ejemplo de democracia creadora. Y sólo entonces sentiremos todos el orgullo que nos permitirá repetir la otra frase del filósofo: “Siento que he sido creador”. Pues habremos creado también nosotros, un pequeño universo donde imperen la verdad, el bien, la belleza y la justicia.